

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO



REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 34

Sevilla—Miércoles 11 de Febrero de 1903

AÑO XXVII

De 1873 a 1903

Las Cortes españolas, reunidas en Asamblea nacional, proclamaron la República como forma de gobierno de la nación el día 11 de Febrero de 1873, y de su seno se constituyó el primer gobierno, en que entraron elementos del antiguo partido radical, que estaba al frente de los negocios públicos y disfrutaba de la confianza del rey que abdicó el trono, y renunció la corona, á que había sido elevado por el voto de las Cortes.

Se hizo la conciliación, pero no se acallaron las pasiones ni se borraron las hondas diferencias que separaban á los radicales de los republicanos, y á los pocos días se produjo una crisis profunda que acabó con la coalición, formándose el primer ministerio genuinamente republicano.

Los mismos elementos políticos que votaron la nueva forma de gobierno, auxiliados ó coaligados á otros elementos más conservadores de los que concurrieron al puente de Alcolea, con la colaboración del ya formado partido alfonsino, preparaban un golpe de mano contra el orden de cosas establecido; y sin considerar que España era presa de todas las rebeldías, que el carlismo se enseñoreaba de las provincias del Norte, de las provincias catalanas y del Maestrazgo y otras comarcas; que el monstruo de la anarquía, á la sombra de la libertad, se mostraba amenazador en las grandes ciudades; que la guerra separatista ardía en la que fué nuestra perla cubana, realizaron el suceso criminal del mes de Abril en la plaza de toros de Madrid, que fracasó gracias á la vigilancia de algunos esforzados jefes republicanos y á la lealtad de los batallones y cuerpos militares que guarnecían la plaza, que se negaron á seguir á los generales que les excitaban contra el Gobierno nacional.

Todo estaba minado para derribar la República; alfonsinos, conservadores, neos, banca, aristocracia, clero, confundidos todos estos elementos oficiales en un solo pensamiento, ya prestaban auxilios de hombres y dinero á la causa del Pretendiente, á quien el mismo Papa envió bendiciones y ordenaba fiestas religiosas y paces para impetrar el favor de Dios para el triunfo del descendiente de Carlos V. ya excitaban á los más radicales á que en la prensa, en el meeting y en la calle, excitaran á las masas contra el Gobierno, haciendo correr especies absurdas hasta los mayores excesos del lenguaje y de la violencia. Dividir á los republicanos, enconar á unos contra otros, ahondar las diferencias de criterio, convirtiendo en irreductibles incompatibilidades para empujar hasta el cantón á los más exagerados.

Así vimos al frente de un estado cantonal, en formación, á un obispo y á muchos clericales y neos reconocidos, confundidos entre la furiosa turba, entregándose á todos los excesos.

Aquellos gobiernos no limitaron ni suspendieron los derechos; hicieron su labor adoptando reformas en la cuestión religiosa, dictando leyes de protección al trabajo, especialmente por lo que se refiere á las mujeres y los niños, primer paso dado en España para resolver el problema social; vivió en paz con las potencias y resolvió sabiamente, con beneficios para la patria, la negra cuestión del *Virginus*, que apartó un conflicto internacional y afirmó nuestra dominación en Cuba.

Los que entonces nos combatían para derribarnos, y que lo lograron en la jornada pavisca del 3 de Enero de 1874 y en la traición campista del 30 de Diciembre de este mismo año, son los que mandan, los que imperan, los que dominan la pa-

tria, los que nos arrebataron la leyenda, los que nos enterraron en el fango, los que entregaron las colonias al extranjero, y han hecho comercio de su traición, y repleto sus gabetas con los robos y las depredaciones; los que embrutecen al pueblo y le enseñan todos los egoísmos para fusilarle ó encerrarle en los mazmorras inquisitoriales; los hipócritas místicos, los que usan todas las armas para combatir la democracia, y que se valen para anularnos y hacer estéril todo esfuerzo, en servicio de la democracia y de la patria, desde la cogulla del hediondo y asqueroso frailote, hasta la blusa del ofuscado instrumento del socialismo manso y del anarquismo utópico.

Esos son nuestros enemigos. Contra ellos, contra la orgiástica confusión de esos elementos, al cabo de treinta años de combate, no nos queda más que un medio de dar la batalla y triunfar: la unión de todos para salvar á la nación, redimir al pueblo y establecer la República.

A. A.

Murmuraciones

Para poder escribir hoy algo acerca de los sucesos de actualidad, se ve uno y se desea.

Es imposible sustraerse al ambiente público, y el ambiente público se fija únicamente en el crimen de Cecilia Aznar.

Todos los principales periódicos, los mayores en saber, en tamaño y en anuncios, todos ellos dedican una plana ó plana y media á la relación de la vista de la causa.

Que quieras que no quieras, lector pacienzudo, no tendrás más remedio que pasar la vista por encima de las declaraciones de los testigos, é interesarte en las peripecias del juicio en cuestión.

Es el hecho cierto, indudable—como que la misma interesada lo ha confesado—que el que fué en vida señor Pastor murió á mano armada de plancha por la señora Cecilia.

Sobre este punto, más que probado, no cabe discusión; pero estos hechos solemnes tienen en nuestras leyes tales agarraderas, y la maraña de artículos del Código criminal es tan enredosa, que tira de aquí y afloja de allá, y es muy posible que al final se pruebe de una manera terminante que Cecilia debió matar á su señorito para defender su honestidad de burra alquilada por seis duros al mes.

La notoriedad es una especie de manto vistoso que engrie á las multitudes y las predispone á la benevolencia.

El señor Pastor—dicen—ya está muerto, y de muerto no ha de pasar.

Después de todo—sigue diciendo—era un solterón vicioso y rico que ni siquiera sabía gastar su dinero entre personas de viso y de sentimientos, que se lo pudieran agradecer.

Hasta este punto, yo le doy la razón á la murmuración pública.

Hasta para ser vicioso y egoísta hay que hacerse de un cartel simpático.

Ayer se me ocurrió decir que los liberales sevillanos no se habían dado por enterados de la suscripción abierta en Madrid para erigirle una estatua al grandísimo patriota don Práxedes Mateo Sagasta.

Y ayer, precisamente ayer, recibió el señor Borbolla encargo especial de los señores Montero Ríos y Moret para que recaude las cantidades que quieren dar los que fueron sagastinos.

Y lo siento. La peseta isabelina que tenía destinada para ese objeto me la compraron ayer por el valor intrínseco de la plata.

¡Tres perras gordas!

—¡Que hoy es 11 de Febrero!—dirá algún lector al verme caminar con la pluma sin recordar la fecha.

¡Ya lo sé!

Pero como yo no celebro fechas comiendo ni discursando, no me doy por entendido.

¿Para qué?

Comienza uno á meditar sobre ello y se pone triste pensando en que es posible

que llegue el 11 de Febrero de 1904 y estemos en la misma situación.

Con Silvela en el poder, Villaverde en el Presupuesto y el padre Tarín diciendo disparates desde el púlpito.

Carlos del Río, periodista sevillano que está en Madrid, aboga porque el Ayuntamiento de Sevilla pregone los festejos de Abril por todo el mundo conocido, invitando para ello á los principales periódicos del reino, coloniales y extranjeros, ofreciéndoles hospitalidad para que nos den bombo y ensalcen y den á conocer nuestras fiestas.

Y lo dice del modo siguiente:

“Pero ni los periódicos de Madrid, que siempre han tenido á gala ocuparse de los festejos de Sevilla, y que casi todos los años envían, gastándose desinteresadamente el dinero, á algunos de sus redactores á describirlos, han merecido jamás, ni por gratitud, ni por cortesía, ni siquiera por interés, el honor de ser invitados oficialmente por el Ayuntamiento á las fiestas de primavera, como hizo el año pasado para la feria de Valencia, y lo hacen anualmente tantos otros que no deben, ni con mucho, á la prensa madrileña, el reclamo gracioso y preferente con que siempre ha distinguido á Sevilla. *El Liberal* y yo, que de ahí somos y ahí estamos, ¿no podemos hablar de esto, sin que algún malicioso nos suponga preparándonos para Abril una juerguecita económica?”

¡Pues no ha de poder hablar de ello! Pero... ¡como si no!

Da en duro, amigo Carlos, da en duro. Además: yo creo que Carlos del Río no tiene más que la mitad de la razón en lo que dice.

No viene á Sevilla, durante los festejos de Abril, periodista ó escritor, que no halle las mayores facilidades para ir á todas las fiestas y asistir á todos los actos públicos, con preferencias y atenciones por parte de las autoridades sevillanas, que son muy pagadas por el reclamo personal.

—¡Pero no le pagan la fonda!—dirá.

Por delicadeza.

Y además... ¿quién paga fonda en Sevilla durante los festejos de Abril?

¿No sabe Carlos del Río que cuesta un ojo de la cara?

Y luego... tropezaríamos con el inconveniente de siempre, al tratar de los escritores extranjeros:

Que nos pondrían en ridículo ante el mundo hablando de lo que vieran y de lo que le vieran...

Y ya que lo hagan—que lo hacen casi siempre—siquiera que les cueste el dinero.

Nada, Carlos. No nos meta usted en camisas de once varas.

¿A qué vamos á traer á Sevilla á los periodistas extranjeros costeados?

¿Para que vean nuestro Palacio de Justicia—casa de vecinos—instalado en un caserón que es un nido de ratas?

¿Para que contemplen nuestra Audiencia en ruinas?

¿Para que huelan los muladares que existen junto á los restos de la antigua muralla, en el barrio de Santa Cruz?

¿Para que saquen una triste idea de este pueblo, sin iniciativas útiles, indolente y perezoso, que se deja gobernar por gente forastera, y que derrama el oro y la pedería en los santos de su devoción—¿devoción? ¡vaya que sea!—en tanto los fieles y los devotos van descalzos y encuerrados por las calles?

¡Vaya, vaya!

¡Déjenos vegetar en nuestra santa y municipal rutina, que así nos encontramos muy tranquilos.

En el próximo domingo se celebrará la Asamblea de liberales rebeldes...

Fundadamente se espera que las calles de Sevilla se encuentren todas repletas de liberales conspicuos de los pueblos que nos cercan.

Vendrán cuatro mil personas ajustando así la cuenta.

—Yo represento á los veinte liberales de mi tierra, y aquí representa á quince y éste representa á treinta.—

Sumadas las cantidades dan el total que desean.

Bueno es hablar de todo.

El corresponsal de un diario catalán, escribe desde Madrid, ocupándose en cosas del teatro, los tres párrafos que copio á continuación:

“La causa de que el teatro hubiera de generarse en Madrid por modo extraordinario no está, lo repetimos, en el gusto del público, que éste se ha conservado puro, digámoslo así, á pesar de la larga prueba á que se ha sometido. Y buena muestra es las ciento treinta representaciones de *El puñao de rosas* y los repetidos llenos que se observan en los teatros del género grande cuando en éstos se anuncia una obra de las buenas de años pasados, ó por casualidad se estrena alguna regular, que en cuanto á esto no se puede decir todavía que se ha dado con otro *El puñao de rosas*.”

Con la aparición de esta obra del llamado género chico se ha producido un doble bien, porque además de entusiasmar al público recordándole los buenos tiempos del teatro, ha contenido con su gran éxito en la pendiente á muchos de los escritores que, mal aconsejados, por tomar acaso por una verdad lo de la degeneración del público, escribían antes con el propósito de halagar este supuesto mal gusto, poniendo en juego todos los recursos de su ingenio al efecto de pasar la moneda mala por buena. Ignoraban que el público aplaudía lo malo, á veces, por carencia de lo sublime; y partiendo de esta falsa hipótesis derrochaban más ingenio en aderezar un disparate que el que hubieran necesitado acaso para hacer una obra perfecta. Hay que felicitar por este doble bien que ha producido la aparición de *El puñao de rosas*.

Aquellos de las obras sin asunto y de los chistes preparados y de los equívocos obscenos ha casi acabado, al menos en los teatros concurridos por cierto público. Se han convencido los autores que no es ése el buen camino; y si alguno se olvida de esto, el público, y si alguno se olvida de esto, el público, pone inmediatamente correctivo con siseos.

Se acerca la muerte de los autores *currinches*.

Séales la tierra leve.

Aunque esto no se puede decir.

Ya hablaba Larra en su tiempo de estas cosas inexplicables cuando escribió su precioso artículo: *¿Quién es el público y dónde se encuentra?*

Los gustos del público nadie los conoce.

Aunque es verdad que cuando se le da grano, toma grano.

El señor Gobernador de Sevilla me debe de dar las gracias porque lo he hecho célebre.

En el mero hecho de haber yo publicado la inversión que le da á los fondos que se recaudan por Higiene, *El País* de Madrid lo coloca entre los gobernadores desinteresados y moralistas.

Para que vea el señor Marqués de Montesa que más sirven los enemigos francos que los amigos aduladores.

Ese bombo que le da la prensa madrileña me lo debe á mí.

CARRASQUILLA.

Los árboles

Vivos, regulan con sus funciones la vida de la naturaleza; muertos, regulan con sus despojos la vida social.

Vivos ó muertos, los árboles nos acompañan do quiera en el ocaso de nuestra vida, como si fuesen una dilatación de nuestro cuerpo ó del ángel tutelar de nuestro espíritu.

Al nacer nos reciben, cual madre cariñosa, en las cuatro tablas de una cuna; al morir nos recogen, cual clemente divinidad, en las cuatro tablas de un ataúd, y nos restituyen al seno de la tierra, y donde ellos y nosotros hemos salido; y desde la cuna hasta el sepulcro no hay minuto en que podamos declararnos independientes de ellos, ni órgano de la casa que no se reconozca pariente suyo en línea recta, ni átomo de su cuerpo que no sirva á alguna de nuestras necesidades.

Conforme progresan éstas, la virtualidad del árbol se desenvuelve en nuevas manifestaciones, y progresa también.

Llegó un día en que no necesitamos de sus valientes troncos para sostener el te-

cho de nuestras viviendas, porque los ha destronado el hierro, ni de sus pródidas ramas y fuegos para cocer nuestros alimentos y ahuyentar el frío y las tinieblas de nuestras habitaciones, porque los ha suplantado en estos oficios el carbón mineral; pero entonces su potencia se metamorfosea y el árbol se convierte en vehículo de nuestras ideas y medio de comunicación sobre los hombres: en el poste de telégrafo y el papel de madera.

Lo que ayer era negro carbón es ahora blanca hoja de carta y de periódico.

Ayer calentaba los cuerpos; ahora ilumina las inteligencias.

Ayer congregaba en torno del hogar los miembros dispersos de la familia; hoy reúne en la santa comunidad del pensamiento a todos los pueblos y razas que componen la gran familia humana.

Muriendo la muerte de la naturaleza, el árbol se ha dignificado, ha adquirido una vida superior; de tosca materia, casi se ha convertido en espíritu.

JOAQUÍN COSTA.

Ciencia popular

CÓMO NOS SUICIDAMOS

La mayor parte de los que mueren, de lo que se llama muerte natural, resultan suicidas indiscutibles.

¿Es esto cierto?

Vamos a demostrarlo.

Se llama suicida al que se quita a sí mismo la vida. ¿Y qué hacen la mayoría de los hombres?

Al principio de la vida atentan contra ella los padres y los encargados de la salud del niño. Las ropas demasiado ceñidas al cuerpo impiden, ó dificultan al menos, la circulación de la sangre, la respiración, las funciones de órganos tan importantes con el hígado y el bazo.

Con pretexto de abrigar al niño se le encierra y priva del aire puro y moderadamente fresco; el corsé en las niñas deforma la caja torácica, y la ingestión de alimentos nocivos, como la leche adulterada, ó las carnes en malas condiciones, empieza desde luego a alterar los órganos digestivos en esos pequeños seres, predisponiéndoles admirablemente para desórdenes digestivos, más graves según avanzan en su edad, y engendrando desde luego la escrófula y el raquitismo, primer paso para la ruina de esos organismos.

Pero hasta aquí aún no ha comenzado el suicidio. Empieza éste desde que la persona racional es dueña de sus actos y ejercita su libertad. Nadie se cuida debidamente de los cambios bruscos de temperatura, á los cuales se somete, pasando, sin transición gradual, del calor al frío y de éste al calor. Se duerme casi siempre en habitaciones herméticamente cerradas; los alimentos se toman casi siempre á deshora y en cantidades deficientes ó excesivas; las digestiones se hacen mal muchas veces por la mezcla de alimentos incompatibles. Se cree que alimentarse bien consiste en comer mucho, y este error se paga con la pérdida de la salud. Se olvida con frecuencia que "no alimenta lo que se come, sino lo que se asimila".

Añádase á esto la lucha desenfadada por la existencia, en la cual se sacrifica el reposo, la tranquilidad, todo, en aras de una ambición desenfadada ó de una codicia indomable; no se olvide que, formando cohorte con todas estas miserias, viene el abuso de todas las energías, de las intelectuales, de las efectivas, de las orgánicas, y téngase en cuenta también que la vida es un capital que dura, como todos los capitales, en razón inversa de lo que se gasta.

Y resulta de todo esto que, disminuyendo en terrible proporción las energías orgánicas, se van debilitando igualmente los medios de defensa que poseemos contra los enemigos de nuestra salud.

El ser más robusto y vigoroso, cuando se desentiende de estos vulgarísimos principios de la higiene, no hace otra cosa que abrir las puertas al ingreso de las enfermedades y de los agentes que constantemente amenazan nuestra vida y que la destruyen con tanta mayor facilidad cuanto menos es la resistencia de los medios defensivos, de los cuales todos podemos disponer.

Todos hemos visto, y vemos á cada paso, jóvenes encorvados, raquíuticos y valedurarios, como viejos decrepitos. La tisis, la neurastenia, la anemia, los van devorando lentamente; es una generación de hombres caducos á la edad de veinte años.

¿No es esto un monstruoso suicidio?

¿Remedio? Ya lo dijo el poeta latino: "Conservar sanas las energías morales é intelectuales dentro de un cuerpo sano también." Higiene que abarque y conserve todo el conjunto de la personalidad humana; ejercicio racional y justo de todas nuestras energías en la medida conveniente al vigor del organismo; "uso", pero no "abuso", de esas energías; este es el procedimiento sencillo y razonable para evitar esos suicidios lentos, pero inevitables, á los cuales se condenan los que cometen delitos contra la higiene en sus múltiples formas.

Es este un punto tan culminante en la ciencia popular, en lo que conviene llevar á todas las conciencias, que jamás se insistirá demasiado en él. La fisiología demuestra hoy que la vida neutral del hombre debe ser de "venta á cien" años. ¿Cómo son tan contados á los "sesenta" en condiciones aceptables de salud? ¿Por qué esas terribles estadísticas que reducen la vitalidad media á "treinta" ó "treinta y cinco" años?

¡Suicidas! En vuestra mano está vivir sanos y contentos muchos años. Estudíemos este problema, que es el que más de cerca nos interesa.

H. A.

LOS NEUTROS

—¿De modo que usted no irá á votar, señor don Tadeo?

—¿Y? ¿Cualquier día! Tengo el colmillo muy retorcido para eso. No, no me cogerá de primo.

—Admiro su perspicacia. Pero ¿no ha leído usted la célebre novelita de Valera en que el protagonista, de puro avisado, acaba por quitarse de enmedio? El pasarse de listo es pernicioso. Usted y los que como usted piensan deberían tenerlo presente. ¿No le ha ocurrido á usted nunca sospechar que acaso el temor de verse engañados por los políticos conduce á ustedes fatalmente á dejarse arruinar por ellos?

—Explíquese usted.

—Es muy sencillo. Por miedo de que les saquen el voto dejan ustedes de votar. Los políticos no por eso desaparecen de la haz de la tierra. Siguen su camino. Gobiernan desatinadamente, nos conducen al abismo, nos arruinan á todos, usted inclusive. ¿Qué fruto ha sacado usted de su listeza? Con colmillo retorcido y todo, no deja de ser víctima de sus travesuras.

—A lo menos tendrá el consuelo de no haber ido nunca del brazo con semejante pillería.

—Es usted muy puro, don Tadeo. Buen hijo, buen padre, buen esposo, buen hermano, excelente amigo. Intachable sin duda en el ejercicio de su profesión. Industrial, no usará fraude; comerciante, no meterá matutes; tendero, no hurtará en el peso; médico, no alargará la dolencia; farmacéutico, no adulterará la droga; abogado, no estirará el pleito. Es la fatalidad de España. Aquí hay una masa inmensa de personas irreprochables y un pequeño número de perdidos incorregibles. Sólo que, como los Catones no quieren meterse en política, dominan los José Marías.

—Yo soy lo que soy y á nadie importa mi vida privada. Los sarcasmos de usted no me persuadirán jamás de que los políticos no sean todos unos granujas.

—Entonces, don Tadeo, ¿por qué se constituye usted en protector de ellos?

—¿Yo su protector?

—¡A ve! Todos, según usted, son unos pillastres, ¿y qué hace usted para combatirlos? ¡Singular lógica la de la neutralidad! Los políticos, dice usted, son unos tunos, un hato de canallas; dejémosles, pues, que gobiernen, que administren, que hagan del país mangas y capirotes; entreguémosles nuestra fortuna, nuestra libertad, nuestra vida, nuestra honra; confiemos en sus manos el poder público para que dispongan de él á su antojo. Si esto no es proteger á la pillería, ¿vea Dios y véalo.

—¿Y qué remedio? ¿Puedo yo impedirlo? ¿Voy á hacer políticos nuevos? ¿Quiere usted que elija entre unos y otros perros, á pretexto de las diferencias del collar? Yo estoy conven-

cido de que todos son iguales y tanto da Juan como Pedro. Desengáñese usted, la política es una farsa. Las ideas son una engañifa. Los partidos son bandas dedicadas al merodeo. Gobierno, oposición, tanto monta. Libertad ó reacción, república ó monarquía, parlamentarismo ó absolutismo, buenas trampas para cazar bobos.

—Sin embargo, don Tadeo, á pesar de su escepticismo, ó más bien á causa de él, usted oficia de ministerial.

—¿Cuándo?

—Siempre. Ministerial acérrimo, ministerial consecuente, ministerial de todos los ministerios. Lo fué de Cánovas y de Sagasta, lo es de Silvela y lo será de quien se te cía.

—No comprendo esa broma.

—No es broma. ¿Sabe usted en qué se fundaron para gobernar Cánovas y Sagasta, y en qué se funda Silvela, y en qué se fundará cualquier otro? Pues sencillamente en la neutralidad de los neutros. Por ella es posible en España la mentira electoral. Por ella somos un país sin voluntad, dispuesto á todas las servidumbres juguete de todo los antojos, asombro y ludibrio del mundo. En Villabruta no se hacen elecciones. Va el alcalde, coge el censo y le vuelca entero en la candidatura oficial. Envía á la capital las actas y se queda tan fresco. ¿Qué quiere decir esto? Que los vecinos de Villabruta, que son los dos tercios de los españoles, pertenecen al "elemento neutro".

—Supongo que no irá usted á comparar la ignorancia de esos zafios con la abstención intencionada...

—No las comparo. Sería hacer injuria á los villabrutanos. Ellos se dejan escamotear la soberanía porque no se les alcanza más. El derecho constitucional es para ellos tan claro como la Geometría analítica. Incapaces de elazar los efectos con sus causas, no pueden darse cuenta de la relación que tenga el voto falsificado con las demasías del cacique, la contribución que abruma, el trigo que no se vende, el camino que no se hace, la sequía que no se remedia, el hijo que se les arrebató... No; ellos no son culpables. Culpables son los que por indiferencia, por falso y presuntuoso escepticismo, dejan de cumplir un deber cuya trascendencia no se les puede ocultar. Los neutros son la gran plaga de nuestra política. Por ellos perdimos las colonias. Por ellos fuimos al desastre. Por ellos después de la gran catástrofe nacional, apareció España ante el mundo sancionando con su voto la envilecedora reacción. Ellos serán mañana los causantes de la ruina definitiva y de la desmembración de la patria. Los vecinos de Villabruta no ven nada de esto, ¡pobrecillos! Quien lo ve y no hace lo que puede para remediarlo, ese comete, desde su cómoda neutralidad, un delito de lesa patria.

—De suerte que, según usted, ¿no es posible ser neutral en política?

—No es posible, moralmente hablando. La atribución privada se renuncia; la función pública no se deserta. Entre la libertad y la reacción, entre la cultura y la barbarie, no cabe la neutralidad. Hay que tomar partido. El que rehuse tomarlo por las circunstancias presentes, le toma de hecho, por la barbarie contra la cultura. Quien no esté hoy por el progreso, contra el progreso está. Existen cosas en que la neutralidad es imposible. Entre ser hombre ó mujer no hay término medio. Los neutros en política se parecen demasiado á esos desventurados monstruos de la naturaleza que no son hombres ni mujeres.

ALFREDO CALDERÓN.

TEATROS

SAN FERNANDO

Anoche celebró su función de beneficio, y despedida de la compañía, la primera actriz Carmen Cobena.

Se representó en primer lugar la preciosa comedia *Lo positivo*, en la que la señora Cobena estuvo á una altura envidiable.

También dieron á sus papeles una interpretación inmejorable los señores Palanca, Vigo y Echaide.

A continuación la señora Cobena interpretó el monólogo *Media pava*, que por primera vez recibía anoche la sanción del público.

Y esta fué en un todo favorable al autor, que resultó ser el presbítero don Juan Francisco Muñoz y Pavón.

Terminó la velada con la representación de la comedia de Guerra y Mota *La soberana*. El público expresó de una ma-

nera ostensible y ruidosa el aprecio y simpatía que la notable actriz le mereció y á cuyos aplausos y vitores unimos nuestros, si bien lamentando que esos triunfos artísticos no hayan corrido pareja con los éxitos en contaduría; pero cuya apatía general ninguna culpa tienen los indiscutibles méritos de esta genial distinguida primera actriz, á quien siempre verá con regocijo y admiración el público sevillano.

Deseamos á la ilustre artista en futuras campañas muchos y brillantes triunfos, tantos como ella merece en su arte.

CERVANTES.

Anoche quedó enterrada en el foso coliseo de la calle Amor de Dios uno de los "grandes éxitos" madrileños (según cartel) de los hermanos Quintero, que va por título *El género infimo*.

Esta obra de los fecundos y tantas veces celebrados autores es uno de los triunfos que se ven rectificadas por el juicio del público sevillano.

Y no cabe en esta versión atribuir "faltas" á los artistas que la desempeñaron, porque la obra fué perfectamente terpretada.

Las señoritas Alcácer, Magdalena mingo, Pueyo (T.) y señora Sixto, hicieron cuantos esfuerzos les fueron posibles por salvarla, así como los señores Suanes, Valle, Puerta, Posac y Coll.

La música, de los maestros Valverde (hijo) y Barrera, es agradable y se adapta perfectamente al cuadro que le trazaron los autores del libreto.

Para la presente semana se anuncia estreno de *La Virgen de la Luz*, y en un breve se pondrá en escena la zarzuela dramática *El velorio*, original del mismo grado escritor sevillano D. Adolfo, L.

DUQUE

La alegría de la huerta, *A países desconocidos*, *La Macarena* y *Las barreras* fueron las obras que se representaron anoche en este coliseo, escuchando en ellas muchos aplausos sus intérpretes.

El público que asistió á las cuatro sesiones, si bien no tan numeroso como otras noches, fué suficiente para ocupar buena parte en la taquilla.

Esta noche, en la tercera sección, estrenará en este teatro la zarzuela en acto, dividida en tres cuadros, original nuestro querido compañero en el preloca D. Rogelio Pérez Olivares, con música de los maestros Liñán y Fuentes, titulada *Marujilla*.

De actualidad

El entierro del duque de Tetuán ha sido concurridísimo.

Sobre el féretro veíanse las insignias brigadier.

El duelo presidióronlo Silvela, Sotomayor, Aguilar, Inestrilla, Vistahermos Coello, Montero Ríos, el hijo del finado, general Linares, el obispo de Sión, Castellano, Reverter y Bustillo.

Iban los coches de la casa real y el Senado.

De la comitiva formaba parte todo notable de la política y la milicia.

Tributáronle honores los cazadores de las Navas y dragones de la Muerte.

Lisboa.—Cerróse el Seminario de S. Vicente por haberse declarado allí el tifo.

París.—En Brest ha habido un terremoto que duró tres ó cuatro segundos. Pánico: sin desgracias.

Caracas.—El general Ferrer con 1.500 hombres batió en Lurena á los rebeldes apoderándose de la plaza.

París.—Un despacho de *Le Matin* dice que declaróse la guerra entre Guatemala, el Salvador y Honduras.

En la vista de la causa de Cecilia Anar verificóse la prueba testifical, que resultó adversa á la procesada, especialmente la declaración de la cocinera Rosario.

Dijo que las planchas siempre estaban en la cocina.

Además que Pastor usaba camisas de franela y no se planchaban.

Cree que la Cecilia influyó para que la echaran.